EL

PODER TEMPORAL

DEL

VICARIO DE JESUCRISTO

POR

HENRY EDWARD MANNNING, D.D.

TERCERA PARTE LECCION 3

Primera Traducción al español de la
Segunda Edición con Prefacio, del año 1862
por:

Laura Elena Flores

* Se autoriza su difusión amplia y gratis por cualquier vía.
Puede reproducirse, imprimirse, publicarse gratuitamente.

** No se autoriza su comercialización:
“Dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido.”
Mateo 10:8

LECCION III

> "Así, que ateniéndonos nosotros, hermanos míos, a aquel reino que no está sujeto a mudanza ninguna, conservemos la gracia, mediante la cual agradando a Dios, le sirvamos con temor y reverencia." – Hebreos xii. 28.

UN punto aún queda para completar el tema que tenemos en mano.

Hasta aquí me he propuesto mostrar que las glorias de la Santa Sede han ido creciendo continuamente cada vez más, y seguirán creciendo más resplandecientes hasta el final.

Ya hemos explorado esta ley de incremento por las grandes épocas de su historia; y me quedé donde hablé de los tiempos presentes en los que vivimos. Era un tema demasiado largo para hablar de pasada, y demanda un trato por separado. Esto me propongo hacer ahora. Pero, como he dicho antes, estoy consciente de qué tan difícil es calcular los tiempos en los que ahora estamos. Por tanto, todo lo que puedo hacer es señalar algunos de los signos ya visibles, y algunas de las verdades y principios ya en operación, que prometen la mayor gloria que vendrá.

También hemos visto, que el reino de Dios en la tierra, siendo divinamente cimentado, construido, compactado, e investido con prerrogativas sobrenaturales, tiene una cohesión y una constitución indisoluble que los poderes del hombre jamás destruirán. Dios, que lo creó, tiene control sobre sus destinos. Por tanto, aquello que hemos escuchado tanto últimamente por las orgullosas o tímidas voces de los hombres – la disolución del poder temporal del Soberano Pontífice – es para el hombre una imposibilidad. Dios ha tejido las dos personas en una unión sagrada; y lo que Dios ha unido, ningún hombre lo destruirá.

Hemos visto que es una ley intrínseca de la Iglesia nunca retroceder de su perfección, sino siempre avanzar, amplificando, desplegando, expandiendo, llenando y perfeccionando aquello que antes apenas germinaba. Hemos visto que las glorias de la Iglesia de Dios se acumulan una sobre otra. Como los esplendores de la mañana continuamente incrementan hasta que alcanzan su plenitud al mediodía; así son las

glorias de la Iglesia. No salen y pasan como las estrellas de la noche, sino que se juntan, y se aquietan en brillo y multitud por siempre.

Y por último, hemos visto que las glorias, prerrogativas y poderes de la Iglesia no solo se han ido incrementando de época en época, sino que se han alzado con un ascenso continuo y culminación hacia un punto que aún no ha alcanzado. Lo que ese zenit será, solo Dios que ha predestinado la perfección de la Iglesia lo puede revelar.

Lo que además quisiera señalar ahora es como esta ley de incremento, acumulación y ascenso se puede verificar en lo que se encuentra ante nuestros ojos este día.

Primeramente, nunca hubo una época en que la Iglesia estuviera tan extendida por toda la faz de la tierra. Nunca hubo un tiempo en que la Santa Iglesia Católica y Romana haya alcanzado tan cercanamente a toda la circunferencia de las familias de la humanidad. En sus primeros años, era un cuerpo aislado en el gran imperio de Roma. Después, parece haberse encerrado en Europa porque el Oriente había caído en cisma y herejía. Pero luego, desplazó sus misiones. Los hijos de Santo Domingo y San Francisco penetraron Palestina y Arabia y echaron los cimientos de nuevas iglesias en la solitud del Oriente. Luego de eso, los hijos de San Ignacio penetraron el Occidente, cuando un Nuevo Mundo se abrió al Antiguo, y allí echaron los cimientos de la orden Cristiana que se mantiene hasta estos días. Pero todo esto era parcial, comparado con la extensión de la Iglesia en esta hora. Todo el vasto continente de América, de norte a sur, está ahora cubierto por el episcopado. La Iglesia posee el Nuevo Mundo por herencia, y ambos mundos para su posesión. Ha regresado de nuevo al Oriente. Se extiende por la India. Ha entrado una vez más a China; una multitud de martirios ilustran este advenimiento.* Así que en este momento, tanto en Oriente como en Occidente, la Santa Sede extiende su influencia más allá de toda expansión anterior. No, más que esto, ha pasado hacia el Archipiélago del Sur. En islas, cuyos nombres fueron desconocidos en épocas pasadas, la santa Iglesia Católica tiene

* Ver *Las Nuevas Glorias de la Iglesia Católica,* publicada en Roma por decreto del Santo Padre.

ahora sedes episcopales. En tan solo una, hay una región tan vasta como todo el continente europeo; y hubo un tiempo en que la Iglesia en Europa era tan pequeña y estrecha en su extensión como ahora la Iglesia en Australia. ¿Quién puede predecir su futuro? ¿Quién puede prever la orden y majestad de la Cristiandad del mundo meridional, que ahora parece renovarse y multiplicar las glorias del reino y del Vicario de Jesucristo? Por lo tanto, nunca hubo un tiempo en que la Iglesia de Dios amplificara sus límites, extendiera sus prerrogativas y levantara su báculo de dominio pontifical sobre la faz de la tierra con un imperio tan extenso como en este momento. Aún hay más; el gran imperio de Bretaña, que es más parecido a la antigua Roma que ningún otro imperio, solo que lo excede grandemente en extensión, es, por así decirlo, la bestia de carga con la que la Iglesia de Dios ha surcado el mundo. Como el imperio de Roma, en tiempos antiguos, pelearon contra la Iglesia, aunque le servían, luchó por extinguirla, aunque le dieron las facilidades para conquistar el mundo – así que el gran imperio Británico, con todo su poder y orden civil, gobierno y empresa, asiste, contra su propia voluntad, y aún sin su propio conocimiento, a las operaciones mundiales de la Santa Sede. Esto pues, es la primera gloria de estos últimos días.

La segunda es esta, que el orden interno e industria espiritual de la Iglesia ha multiplicado continuamente sus operaciones, distribuyéndose en nuevas formas e invenciones de caridad, a un punto nunca antes visto. Las grandes ordenes de la antigüedad se sostienen como los árboles señoriales de los climas tropicales, majestuosos y fructíferos, echando sus semillas sobre la tierra. Bajo su abrigo, las ordenes y congregaciones de caridad activa en estos últimos días han florecido, como el pasto que cubre la faz de la tierra, y se extiende por todo el mundo con su verdor. Sería imposible describir o enumerar la multitud de estas nuevas creaciones del Espíritu Santo. Los últimos trescientos años están repletos de ellas. Cada época ha suscitado una nueva familia de caridad. Cada país ha dado su fruto. Pero principalmente España, Italia y aún la pobre Irlanda. Tan solo en Francia, creo poder decir, se han fundado en los últimos tres siglos no menos de unas cien congregaciones, teniendo cada una, una multitud de casas separadas extendiéndose por todo el territorio, y miles, docenas de

miles de hombres y mujeres consagrados a las obras de caridad. Y esto se extiende también por todo el mundo, porque tienen dependencias en cada territorio – en las colonias de Gran Bretaña, por todo lo largo y ancho de América, entre los pueblos paganos. No hay parte del mundo donde la tierna, delicada, pero no menos audaz, caridad de las hijas de la Iglesia no hayan penetrado. Nunca hubo un tiempo cuando la Iglesia de Dios no aplicara las ministraciones de su caridad a las heridas de la humanidad, espirituales y corporales, con la diligencia con que lo hace en este tiempo. Esta también, es una característica especial de estos últimos días.

Luego, pues, vemos una industria singular en la legislación de la Iglesia. El gran Concilio de Trento, que cerró hace trescientos años, puedo decir paradójicamente, que se sienta en esta hora; porque sus doctrinas y disciplinas reinan supremas, y están ejerciéndose en todo lugar. Los fieles en cada territorio lo valora como la reformación del mundo. Se ha inscrito hasta en las leyes y estatutos de los reinos. La legislación de ese gran sínodo, celebrado a través de tiempos atribulados por veinte largos años, con muchas interrupciones, es el estatuto viviente de la Iglesia, que gobierna en este día por todo el mundo. También ha puesto en marcha los concilios y sínodos de provincias y diócesis en Oriente y Occidente; para que yo pueda decir que en este siglo, como en el siglo que siguió inmediatamente al Concilio de Trento, es un siglo de legislación eclesiástica – entonces para ejecutar sus decretos, ahora para aplicarlos a las nuevas condiciones de la sociedad.

Luego viene un tercer y singular fenómeno, que el principio de la herejía parece ser azotado con su golpe mortal. No digo el error, o la ignorancia, o la indiferencia, o la infidelidad; porque hay mucho de todo eso y sin duda siempre lo habrá; pero el principio de la herejía, propiamente así llamado – ese espíritu orgulloso, contencioso, privado, entre aquellos que se profesan Cristianos, por el cual se yerguen contra la autoridad de la Iglesia de Dios. Tal vez esto parezca increíble con el Protestantismo frente a nosotros. Pero aún el Protestantismo no es más ahora una religión. En los primeros cuarenta años de su nacimiento, se extendió aquí y allá, entre algunos países meridionales de Europa; después de eso no hizo ningún progreso. Nunca avanzó a ningún lado. Era una religión política,

forzada sobre la gente por legisladores y por príncipes. No nació de la multitud como las misiones apostólicas; vino del poder civil, personificado en leyes de derecho, aplicado por sanciones. Y cuando la aplicación de sanciones cesó, la religión cesó de propagarse. El estado presente de los países Protestantes mostrará que no tiene propagación como religión, no tiene firmeza, consistencia o permanencia; se ha estado continuamente dividiendo y disolviendo, hasta que se ha hundido en los países que le dieron a luz en una simple incredulidad.

El Racionalismo, la ignorancia, la indiferencia y la infidelidad, los cuatro males que tenemos a raudales, son el resultado directo y consecuencia de los principios del Protestantismo. El vástago vive, pero la matriz está herida de muerte. ¿Dónde, pues, está la herejía? La antigua ya hace tiempo que no existe. ¿Quién escucha ahora sobre el Arrianismo, el Nestorianismo o el Pelagianismo? Y así como ya están extintas, así será con el Protestantismo, como religión, se extinguirá más adelante; digo que como religión, no como sistema político, no como principio de revolución política. En esta forma vive, y vivirá en el mundo. Pero como religión, como forma de doctrina, como forma para interpretar las Sagradas Escrituras ¿dónde está ahora? Se ha dispersado y ha tomado formas interminables de corrupción. ¿Y dónde hay una herejía que se levante para reemplazarlo? Nadie llama herejía al Mormonismo, ni a la imitación ecléctica de la Iglesia Católica que se ha expresado entre individuos en Escocia e Inglaterra. Estas son meras aberraciones de la mente humana. No hay nada permanente, o sólido, o lógico en ellos; nada que pueda considerarse, ya sea mala o infundada esa consideración. Por mil ochocientos años la contienda ha continuado, y el mundo está harto de ella. Los hombres dicen, si hay una Iglesia en la tierra, debe ser la Iglesia Católica y Romana; si hay un dogma, es el de la fe del Concilio de Trento. Religiones fragmentarias han sido tratadas y se han encontrado deficientes. Los maestros humanos son guías ciegos, y las opiniones humanas no tienen certeza. Si ha de haber una revelación, debe ser divinamente cierta; y para serlo, necesitamos un Testigo Divino y un Maestro Divino. Todo nos ha engañado y traicionado. Las nuevas religiones están auto condenadas. Parece como si los vientos y las olas

han sido reprendidas, y que una gran calma ha caído sobre el mundo. Es la era de la Inmaculada Concepción; y la paz del mundo es un cumplimiento de esa antífona profética de la Iglesia, “Tu sola cunctas hæreses interemisti in universo mundo.” Le complació a Dios no solo revelar el singular privilegio de Su Inmaculada Madre, sino también hacer la definición una ocasión para manifestar Su infalibilidad en medio de un mundo cansado y contencioso.

La fe ahora sobresale con la prerrogativa singular como la única religión inmutable de los hombres. A lo que llamamos verdades, el mundo llama errores. Pero admite que Roma nunca cambia. El mundo dice que las doctrinas Católicas salen de los corazones de los hombres. En esto diferimos; pero ambos concuerdan en la inmutabilidad que sostiene la Iglesia de Dios. Hasta el mundo puede ver que Roma nunca cambia; que sus doctrinas son siempre las mismas. Hasta el mundo sabe que los errores son siempre cambiantes; que la verdad en sí es inmutable. Si no admiten que la fe Católica es verdadera, la acusan de inmutabilidad; y los hombres honestos sacan la conclusión. Si hay algo gastado y rechazado en la herejía del juicio privado. Los hombres han visto sus legitimas consecuencias en la infidelidad moderna. Es el principio de la herejía que se mantiene condenada; y los hombres confiesan la necesidad, si no es que la presencia, de un Divino Maestro.

Además, nunca hubo un momento en que el mundo se uniera con un vínculo tan cercano de caridad filial y dócil obediencia a la Sede de Roma como en este. Hubo periodos en la Edad Media, de los que ya he hablado, en que las nacionalidades orgullosas de Europa se alzaron en discordia contra el Vicario de Jesucristo. Aún existe ese espíritu, aunque ya no como era antes. Entonces, cada nación Católica de Europa luchó por erigirse como una independencia espiritual. Pero ahora, ¿quién sueña intentar abiertamente tal empresa? Hay suficiente discordia contra la Santa Sede; pero los hombres están obligados a enmascarar sus malévolos diseños con palabras plausibles. La era de los anti-Papas y la sustracción de la obediencia ya ha terminado. La única prerrogativa central de soberanía en la Santa Sede reina supremamente. Es una era de actos pontificios: por ejemplo, ¿cuándo hubo antes un acto del Supremo Pontífice tan vasto o

majestuoso como el que tomó a la Iglesia de Francia de las manos de la primera revolución – que la recreó, purificó y reconstituyó con una nueva jerarquía y un nuevo orden – e implantó con un renovado principio de vitalidad que por los últimos cincuenta años ha superado y extendido la exuberancia de toda su anterior historia y la abundancia de su anterior fecundidad?

El mismo poder de la Santa Sede ha cubierto a América con nuevos y prolíficos centros de vida y de poder. No fue ni hace cincuenta años cuando hubo tan solo un Obispo en los Estados Unidos; hace diez años un sínodo provincial tomó lugar en Baltimore con seis Arzobispos y veintidós sufragáneas. Además, en Holanda, un simple acto del Soberano Pontífice le ha dado nueva vida a una jerarquía. Y más cerca de nosotros: tras trescientos años de interrupción, una jerarquía que reemplaza y continúa la jerarquía de San Gregorio Magno ha vuelto a restaurar en Inglaterra la orden apostólica, y nos volvieron a injertar en el episcopado de la Iglesia Universal.

Todos estos actos fueron preludios de esa manifestación de unidad Católica que ha distinguido estos últimos años. Nunca hubo un momento en que las razas de todo el mundo extendieran sus manos al Vicario de Jesucristo como en los diez o doce años del glorioso pero turbulento Pontificado de Pío IX. Los corazones y manos de los fieles por todo el mundo se han levantado hacia él con una aclamación de fidelidad sin igual. No sé de nada más majestuoso, más real, más pontifico en la historia de los Pontífices o de la Iglesia que el Santo Padre en la roca de Gaeta emitiendo, en el momento de su debilidad y exilio, sus tres grandes apelaciones al mundo Cristiano: – uno, la excomunión a los saboteadores del patrimonio de la Iglesia; otra, una protesta a todos los príncipes Cristianos contra el mal que habían hecho; una tercera, a todos sus hijos, el episcopado por todo el mundo.* Y todos esos tres decretos han forjado su obra con poder. La virtud sobrenatural se extinguió con ellos. El primero forjó la caída de los saboteadores que habían invadido la Iglesia de Dios.

* Ver la colección de cartas dirigidas al Soberano Pontífice tituladas *L'Orbe Cattolico, a Pío Nono*.

El segundo unió a los príncipes de la Cristiandad a homenajear al Vicario de Jesucristo. El tercero evocó semejante respuesta de los corazones de todos los Obispos de la unidad Católica, que en todos los anales de la Iglesia no se encuentra nada para comparar con los actos de amor y devoción filial que el episcopado del mundo Católico colocó a sus sagrados pies.

Un Obispo de la Iglesia de Irlanda lo dijo bien el otro día, “Es un instinto natural, que cuando la cabeza es golpeada, las manos se levantan para protegerla.” No fue si no el instinto del cuerpo místico, que, cuando se apuntó a la cabeza, todo el episcopado lo rodeara en su defensa. Ahora, tal vez, en ninguna otra época, la consciencia universal del cuerpo en los sufrimientos de su cabeza se ha manifestado de tal manera. La época del Cisalpinismo, del Galicanismo, del Josefinismo ha pasado. La unidad de la vida, por la que todo el cuerpo vive en su cabeza y la universalidad de la cabeza con la que como una presencia real por todos lados la Santa Sede impregna todas las provincias de la unidad Católica, ha crecido como un instinto y un sentido, vívido y poderoso, y abrumante, se manifestó dos veces en estos últimos años por actos sin ejemplo en la historia de la Iglesia – una vez con la voz unánime del episcopado sobre la Inmaculada Concepción,* y otra vez sobre la soberanía temporal del Vicario de Jesucristo.Ṫ

Por último, el otro punto sobre el que hablaré es este. Ya hemos visto como los poderes y glorias de la Santa Sede se han ido progresivamente desenvolviendo; como el tiempo de San Gregorio I fue un periodo de misiones apostólicas, convirtiendo a las naciones a la fe; como el tiempo de San León III fue un periodo de creación para el mundo Cristiano; como el tiempo de San Gregorio VII fue un periodo de purificación para el santuario de la Iglesia; y como el tiempo de Alejandro III fue un periodo de realeza en el gobierno y de orden eclesiástico, cuando el poder divino de

* Ver la respuesta del Episcopado, en once volúmenes, bajo el título, Pareri sulla Definizione dogmatica, etc.

Ṫ Ver la colección titulada *La Sovranitá Temporale*, de la cual cinco volúmenes ya han aparecido, distribuidos de acuerdo a los idiomas. Novecientos Obispos han colocado su testimonio y su homenaje a los pies de Pío IX.

la Iglesia dirigió, por una autoridad firme y sagrada, los poderes civiles del mundo dentro de la esfera de la ley de Dios y obediencia a la fe. Ahora observo que estos poderes de la Santa Sede siempre se han alzado, siempre culminándose. El poder temporal en las manos de San Gregorio I fue un gobierno paterno y patriarcal sobre las naciones no reducido al orden civil. En las manos de San León III se convirtió en un poder para crear imperios. En las manos de San Gregorio VII fue un flagelo para corregirlos. En las manos de Alejandro III fue una dinastía, que gobernada supremamente en nombre de Dios sobre los poderes del mundo. Y ahora en estos últimos tiempos, la soberanía temporal se ha convertido en una ley de la consciencia, un axioma de la razón. Por largas contiendas y negaciones ha pasado a las consciencias, intelectos y corazones de los hombres. Como los grandes dogmas de la Iglesia, por la controversia ha alcanzado su análisis y expresión. Se sostiene al lado de la Inmaculada Concepción, una certeza teológica, si no es que una definición. Para poder decir que nunca hubo un tiempo en que el poder temporal del Vicario del Hijo de Dios, aunque acometido como lo vemos, estuviera más firmemente enraizado por toda la unidad de la Iglesia Católica en los corazones y convicciones de sus miembros; y que por un proceso doble, no solo por su propia evidencia, no solo por la luz del trato de Dios con el mundo, sino por contraste. Porque las naciones de Europa ya han visto que la sociedad del mundo, sin la guía y preservación de la Iglesia de Dios, se resuelve a la confusión. Han visto toda forma de sociedad política, y las confederaciones de reinos y naciones disolverse y morir. Mientras que todas las sociedades flotantes del mundo se han ido a la deriva, el centro de la obediencia se ha vuelto más estable. Los hombres han aprendido de la historia de la Europa moderna que la ley que se llama la ley de las naciones – esto es, la regla de la justicia que regula las relaciones de la gente con la gente – se ha vuelto débil e indefensa. ¿Por qué? Porque las naciones han roto los vínculos que las unían al centro de la obediencia, y se han sacudido de la noble sumisión a un tribunal más alto que el hombre, de donde salió, en otros días, el juicio de equidad y justicia. Era una obediencia dignificante el inclinarse frente al Vicario del Hijo de Dios, y remitir el árbitro de sus penas a aquel a quien todas las voluntades consienten obedecer. Pero

más que esto, en los últimos setenta años, como nos dice un escritor Católico en Francia, ha habido no menos de noventa y tres tronos revocados por la revolución; veintidós familias reales han sido llevadas al exilio, veinticinco estatutos o constituciones de orden civil han sido hechas, destrozadas y pisoteadas.* Y esto porque la sociedad civil del mundo, que es la creación de Dios, no del hombre, ha sido profanada por la revolución. En estos últimos tiempos, se han rehusado orgullosamente a someterse a la guía y árbitro de la Iglesia de Dios, expresada en la Santa Sede. Han apelado a la revolución, y a la revolución habrán de ir. El orden civil del mundo es la creación de Dios. Él da a la sociedad por acto inmediato la soberanía del poder. La sociedad, por lo tanto, es divina. La sociedad de la revolución es humana, porque nace de la voluntad del hombre; y lo que es creado por la voluntad del hombre puede ser echa pedazos por la voluntad del hombre. ¿Qué, pues, son las revoluciones, sino la voluntad del hombre haciendo pedazos la obra de sus propias manos; o peor, resistiendo el poder "ordenado de Dios"? La Iglesia de Dios, al ser una sociedad sobrenatural y divina, por su poder constructivo y conservativo, sostiene el orden del mundo. Porque Dios mismo es el Autor de las dos ordenes natural y sobrenatural. Él es el Fundador de la Sociedad que llamamos estado civil, tanto como el de la Iglesia; porque Él es el Dios de la naturaleza tanto como el Dios de la gracia. Pero en estos días los hombres reclaman el mundo político como suyo, y niegan todo el carácter divino o sanción a la sociedad civil de las naciones. Asumen su legislación suprema, independiente de la Iglesia y de la ley Divina, y hasta contra las dos. Y para sus guerras externas y conflictos internos, no tienen remedio, y no apelan sino a los números y la fuerza y a despotismos militares. Miran atrás con compasión despectiva sobre las épocas en que la Santa Sede juzgaba las causas de los príncipes y sus pueblos, y se pronunciaban sobre las discordias de las soberanías hostiles. Cuando la gracia Cristiana de la justicia estaba en el corazón de Europa, y el sentimiento Cristiano de paz y de sumisión tenía poder sobre las naciones, había en la Iglesia una influencia potente para corregir las inquietudes del estado civil y reducir

* La Situation, par Mgr. Gaume, p. 164.

nuevamente al orden sus perturbaciones casuales. No había revoluciones, como las conocemos hoy, en un estado sujeto a la unidad y autoridad de la Iglesia de Dios. Entonces, los descontentos populares fueron templados y eliminados por la guía de un criterio más alto. Pero cuando la sociedad natural se separa de la obediencia a la ley de Dios y la unidad de la Iglesia, cae en una revolución, y se disuelve por la voluntad del hombre.

Si necesitamos prueba, veamos al Viejo y el Nuevo Mundo. Si desean ver la inestabilidad en el orden civil, vean a Francia que por sesenta años ha profesado descansar sobre los principios de la revolución. Vean nuevamente al Nuevo Mundo – a Estados Unidos – donde un estado civil se fundó dentro de la memoria de los hombres con la promesa de una gran madurez derivada de una antigua madre patria. La vida natural de un hombre ha sobrepasado su duración. Vio su fundación, y ve su ruptura. El fatal principio de la anarquía se instauró desde el inicio; porque lo que la voluntad humana crea, la voluntad humana puede en cualquier momento disolver. El tiempo seguramente llegará, no, ya casi ha llegado, cuando los hombres verán que la única preservación del orden civil del mundo para evitar su disolución es la ley de Dios, y el único registro en que la ley de Dios se encuentra escrita es en la Iglesia de Dios; porque la iglesia de Dios es el depósito de esa ley, y la unidad de la Iglesia es el vínculo de unidad de los reinos. Y volverán a ver que la única autoridad de donde la Iglesia de Dios puede aplicar esta ley es la Santa Sede. El Pontífice Supremo, que reina sobre toda la Iglesia, legisla y aplica la ley de Dios; y por lo tanto, por extraño que parezca, el día llegará cuando príncipe y pueblo, naciones y sus hombres de estado, reconocerán en el poder temporal de la Santa Sede una provisión divina para el mantenimiento y orden del mundo Cristiano, y volverán a él como la única solución a los conflictos por los que el orden civil del mundo está roto, la única preservación contra la creciente inundación de la revolución. Es así como la verdad siempre ha hecho su camino. Se ha afirmado e impugnado; y por impugna ha sido manifestada con evidencia más luminosa. Por un tiempo ha sido abatida y levantada de nuevo, y su resurrección ha sido con mayor majestad y poder. El mundo le ha declarado la guerra al poder temporal del Vicario de Jesucristo. Ha

sacudido el yugo y roto el vínculo. En su libertad, se ha postrado; y por su caída su “sentido restaurado”.* De todo el episcopado de la Iglesia ha llegado una universal aclamación de fe en la soberanía temporal del Vicario de Jesucristo como institución Divina sobre la tierra. La aprobación de los pastores y su grey atestiguan sobre este profundo instinto Católico, y la voz del episcopado se alza a juicio de la IglesiaŤ y facilita el material para una más solemne declaración. El conflicto que parece amenazarle le ha definido y publicado con una mayor luz. Y las naciones de Europa, regresando del exceso de inestabilidad y cansadas por los terrores de la revolución, están comenzando a reconocer la fuente de su propia antigua paz y grandeza. Aunque parezca una paradoja, este se dice ser el periodo de la soberanía temporal, tanto de sus pruebas como de sus manifestaciones.

Ahora, en estos muchos caracteres, las glorias presentes de la Santa Sede sobrepasan las de sus días antiguos, y prometen un futuro en el que no me adentraré.

La mutación de razas y de reinos es el perpetuo contraste a la inmutabilidad de la Santa Sede. Ha renovado sus relaciones una y otra vez con hordas y razas, monarquías y republicas, imperios y confederaciones. No es nada nuevo para el Vicario de Jesucristo crear e inaugurar,

* Dan. iv. 33.

Ť Belarmino cita escritores de todas las naciones y dignidades que han mantenido el poder temporal del Papa: veintiún italianos, dieciséis franceses, veinte españoles, doce alemanes, siente ingleses o escoceses. También agrega diez Concilios, incluyendo dos Concilios Generales, cuatro de Letrán, dos de Lyon, en que el poder temporal fue reconocido; y resume en estas palabras: “Si hæc non est Ecclesiæ Catholicæ vox, ubi obsecro eam inveniemus?” De Potestate Papœ, contra Barclaium, inter Opuscula, pp. 831-845.

La Facultad Teológica de la Universidad de Cagliari ha dado las siguientes respuestas a las proposiciones del Ministerio de Cerdeña:

“Prop. 1. Que el poder temporal del Papa es un hecho en su naturaleza accidental y de origen humano.

Respuesta: Aunque el poder temporal del Soberano Pontífice no es inmediatamente uno de institución Divina, sin embargo, es claramente un hecho de una muy especial Providencia.

Prop 2. Que el poder temporal del Papa puede, por lo tanto, ser disminuido y hasta extinguido, sin daño a su poder espiritual y su libertad religiosa.

Respuesta: La historia claramente muestra que el Soberano Pontífice siempre fue un soberano temporal (por hecho o por derecho), o oprimido por la persecución, y en un estado habitual de martirio.

Prop. 3 Que en el orden natural de las cosas el poder temporal del Papa es indigente de todo principio de perpetuidad; y en lugar de ser útil, es injurioso para tanto la Iglesia como el Estado.

reconocer y renovar, otra forma de sociedad Cristiana, o una combinación de Europa antigua. Lo que ha sido, puede ser. Tenemos una fe infinita e imperecedera en la Iglesia de Dios. Hemos recibido un “reino inamovible.” Los cambios a su alrededor pasan como vientos en el desierto. Sobrevive imperios como sobrevive a los hombres. Nunca es joven o vieja, sino “ayer, hoy y la misma por siempre.”*

Hasta aquí hemos rastreado su camino en el orden histórico, y esta historia de la Iglesia es como la historia de Jesús en los Evangelios. Está llena de dolor, sufrimiento y pasión. Pero allí vemos la vida del Hijo de Dios, cumpliendo Su obra y estableciendo Su reino. Hemos visto también la narrativa de los Vicarios de Jesucristo escrita en la página de la historia mundial, y, como la de su Divino Maestro, ha sido una historia de sufrimiento, de pasión y de conflicto; pero también ellos han estado haciendo su obra, y estableciendo Su reino sobre la tierra. “Tenemos un reino inamovible.” Reinos que han nacido de la voluntad del hombre han sido y no son; pero la Iglesia de Dios no puede moverse. Mil ochocientos años de conflicto han sacado a la luz y al alivio su indivisible unidad, su infalible voz, su perpetua visibilidad, su soberanía temporal y sus dobles prerrogativas, espirituales y temporales, de donde ha reinado sobre los destinos del mundo y reinará aún a través del conflicto hasta el final. Venga

Respuesta: El Soberano Pontífice Papa Pío IX ha declarado expresamente mas de una vez que en la presente condición de la sociedad, el poder temporal de la Santa Sede es tanto más útil y hasta necesaria para la libertad de la Iglesia y la independencia y soberanía de los actos de su Cabeza visible. Esta declaración Pontifica ha sido aceptada con unanimidad incomparable por todo el Episcopado Católico, del cual el Espíritu de la Verdad, la perpetua vida del cuerpo de la Iglesia, nunca se desvía.

Prop 4. Que es aun más necesario para el Santo Padre no rehusarse a tratar con el gobierno italiano, para asegurar, por ese medio, mayor facilidad y más independencia en el ejercicio de sus poderes Católicos.

Respuesta: La respuesta a esta proposición claramente fluye de las respuestas ya dadas.”

Desde que la nota anterior fue escrita, la dirección del Episcopado reunido en Roma en el Consistorio del Lunes de Pentecostés pasado, ha agregado una esplendida y final enunciación sobre este tema; del cual es suficiente citar el siguiente pasaje:

“Reconocemos la soberanía temporal de la Santa Sede como una cosa necesaria y manifiestamente instituida por la Providencia de Dios. Ni necesitamos declarar, en la presente condición de las cosas humanas, que esta soberanía temporal es absolutamente requerida para el buen y libre gobierno de la Iglesia y de las almas de los hombres. Es claramente necesario que el Pontífice Romano, la Cabeza de toda la Iglesia, no esté sujeto a ninguna soberanía, no, ni ser hospedado de ninguna; sino que establecido en sus propios dominio y reino, sea su propio dueño; y en libertad noble, pacífica y gentil, defienda y proteja la Fe Católica, y reine y gobierne toda la Cristiandad.”

* Hebreos xiii. 8.

lo que venga, la Iglesia de Dios, tanto el centro como su circunferencia son inamovibles. Las persecuciones de un mundo pagano no pudieron sacudirla; las persecuciones del Anticristo se quebrarán sobre ella. “Quien cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y ella hará añicos a aquel sobre quien cayere en el día del juicio.” La tormenta que barre sobre la montaña se aferra a ella por un momento y parece abrumarla, pero en un instante se rompe y se desvanece. Las persecuciones del Anticristo serán como la tormenta sobre la montaña. Ya una vez, la Iglesia ha adorado y ofrecido el sacrificio incruento en las Catacumbas, en los desiertos y en lugares escondidos, y eso por generaciones. Más, el mundo contempló la “ciudad sobre una colina que no puede ser escondida.” Sus martirios la hicieron visible. Sus Pontífices reinaron en Roma, todos paganos como ella lo fue; reinaron sobre la Ciudad de las Siete Colinas en todas las alternaciones de sus destinos – en su esplendor y su desolación, en sus asedios y en sus liberaciones – Obispos de Roma, Sucesores de San Pedro y Vicarios de Jesucristo. Y como se ha dicho, también así será, en todos y por todos, hasta la consumación del mundo.Ṫ Aún hoy, en la difuminación del presente, vemos los bosquejos y los preludios de una mayor y más gloriosa manifestación del reino de Dios en la tierra. Los que de aquí en adelante echen una mirada retrospectiva sobre la época de Pío IX verán en su amplitud y madurez aquello que vemos solo en forma germinal; y las tenues luces que atraviesan nuestro cielo, y aun las nubes que lo oscurezcan, serán más luminosas y esplendidas que las épocas de los Leones y los Gregorios son para nosotros. A ellos se reserva el ver la siega de los campos que hoy están aún blanqueando las mieses en la tierra virgen del Oriente y Occidente, y la segunda primavera que hoy aún se le-

* San Mateo xxi. 44.

Ṫ “Ob temporum calamitates coguntur interdum Pontifices abesse, aut certe principum potentia coacti: ut forte accidit quo tempore Romana curia erat in Gallia. Quod dicitur de urbis vastatione, credibile est Deum nunquam permissurum ut portæ inferi contra eam prævaleant ob sanctorum Petri et Pauli successionem, sedis Apostolicæ Dignitatem ac Ecclesiæ totius utilitatem, et ita intelligimus sæpe fuisse præteritis temporibus divinitus servatam; præcipue tempore Leonis Papæ, ut habet historia vulgata. Unde Chrysostomus 2 ad Thessal. Docet regnum Romanorum duraturum usque ad Antichristum, eumque contra Romanum Pontificem potissime pugnaturum.” Suarez, *de Fide Disp*. X., de Summo Pontifice, sect. iii. 11.

vanta en su savia y en su hoja, bajo el deterioro de la vieja sociedad Cristiana de Europa. Nuestro es el tiempo de la semilla de la caridad e industria y unidad mundial del Cuerpo místico en su amor y lealtad a la Soberanía doble del Vicario de Cristo. “Euntes ibant et flebant mittentes semina sua.” Es nuestra para segar en lágrimas; los que vienen después cosecharán en júbilo; y la retrospectiva de sus días eclipsará la retrospectiva nuestra. “La región desierta e intransitable se alegrará; y saltará de gozo la soledad, y florecerá como lirio. Fructificará copiosamente, y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos; se le ha dado a ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Sarón; estos verán la gloria del Señor y la grandeza de nuestro Dios.”* “Yo no me estaré pues, callado; sin cesar rogaré a favor de Sión; por amor de Jerusalén no he de sosegar hasta tanto que su Justo nazca como la luz del día, y resplandezca su Salvador cual brillante antorcha. Las naciones, ¡oh Jerusalén!, verán a tu Justo; y los reyes todos a tu glorioso Salvador; y se te impondrá un nombre nuevo que pronunciará el Señor de su propia boca. Y serás, entonces, una corona de gloria en la mano del Señor y una real diadema en mano de tu Dios.”Ṫ

Entonces, como San Pablo dice, ”Tenemos gracia;” nuestra confianza no está en la ayuda del hombre sino en la gracia de Dios. No son solo los hechos del pasado los que nos dan motivos y razones para una confianza audaz; nuestra confianza está en la gracia, que es, en poder sobrenatural. No confiamos en la intervención de agentes humanos, sino en la mano de Dios. Y por esto tenemos tres promesas seguras. Primeramente, las promesas de Dios. El Hijo de Dios ha dicho, “Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.” No dice que no prevalecerán contra el poder espiritual de la Iglesia. No hace distinción o reserva. Dice que no prevalecerán contra la Iglesia, eso es, en toda la plenitud de su compleja majestuosidad y la gama de sus prerrogativas de poder. Entonces, el Espíritu Santo dice, “Tenemos un reino inamovible.” Si nadie puede moverlo, ciertamente nadie puede disolver una partícula de su orden Divina. Luego, tenemos el amor de Dios por la sociedad del hom-

* Isaías xxxv. 1, 2.

Ibid. lxii. 1-3.

bre. En la antigua liturgia griega, a Dios se le llama el “Enamorado de los hombres.” No los ama solamente en el orden de la gracia, sino en el orden de la naturaleza. Dios ama las casas y las familias, los hogares y las naciones, las razas y los pueblos; y la sociedad civil de la humanidad, aunque no sea en el orden de la gracia, es un objeto de Su compasión: porque es el poder que mantiene el orden, y promueve el bienestar y civilización de la humanidad. Dios no abandonará a la sociedad humana, aunque el hombre con malos principios y sin Dios en el mundo obre para sacarlo de los cimientos en los que Él le ha construido en gracia. Aunque el mundo olvide a Dios, Él no abandonará al mundo hasta que su juicio se cumpla. Ama cuidarlo. Su providencia es siempre benigna. Ningún gorrión cae al suelo sin nuestro Padre. Cuánto menos, pues, soportará que la paz y el orden de las naciones del mundo se destruyan, donde millones de inocentes sufrirán con los culpables.* Por tercero, y sobre todo, Dios ama a su Iglesia, porque es el cuerpo místico de Su Hijo. Y el amor que le tiene a Su Hijo pasa a Su cuerpo místico. Ama a la Iglesia en Su Hijo. Como dice San Pablo, “Nos hizo gratos a sus ojos en su querido Hijo.”Ṫ La Iglesia, también, es Su Esposa; y Él ama a la Iglesia como el novio ama a la novia. Y la Iglesia es la Madre de los elegidos, el instrumento de su predestinación y de Su manifestación. Por lo tanto, Dios ama al Vicario de Su Hijo encarnado. Le ama con un amor eminente y especial a quien es el representante de Su Hijo en la tierra, que porta el carácter y marcas de Jesús sobre todos los otros hombres. Con un amor personal y singular le ama por su función como Vicario de Su Hijo. Pero lo ama, también porque es más como Él, no solo en función, pero en sufrimiento. El Soberano Pontífice porta la cruz, y la porta por nosotros. En él se colocan los dolores de toda la Iglesia en la tierra; a él se le da su sufrimiento. Su vida es una de martirio porque él es el testigo y la imagen del Hijo de Dios en el Calvario. Y Dios le ama también por su propio bien, porque él es el cumplimiento de la promesa, “Quién ha recibido mis mandamientos, y los observa, ése es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre;

* “Sanabiles fecit nationes orbis terrarum, et non est in illis medicamentum exterminii.” Lib. Sap. i. 14.
Ṫ Efesios i. 6.

y yo le amaré.”** Tal es el diverso amor de Dios que rodea en esta hora a la persona de nuestro amado Pontífice y Padre. Porque en toda la línea de aquellos que han reinado sobre la Iglesia, no hay ninguno en quien la fe y la ley de Jesús, y las gracias de justicia y misericordia, clemencia y generosidad, largo sufrimiento y paciencia, calma y confianza en Dios, hayan brillado más fuertes y luminosas. Por todos estos largos años de error, hay uno cuya fe nunca ha vacilado, cuya fe nunca se ha sacudido y cuya caridad nunca se ha enfriado. Se ha puesto de pie como el pilar de la luz, cuando todo alrededor se oscureció. Contra él ningún hombre ha hablado que no haya sido condenado. Ninguna arma forjada contra él prosperará, aunque por un tiempo el mal parezca tener su completo triunfo. En un momento, todo el poder del hombre se consumirá y no se volverá a saber de él.

Como dije en el inicio, la voluntad humana lucha, y las multitudinarias voluntades de los hombres, como el sacudimiento de un gran mar, se levantan contra Él; pero el Señor se sienta sobre las aguas. Él abarcará a la Iglesia por todos lados, y Su presencia es una valla de fuego alrededor del Vicario de Su Hijo. Con tal segura e inquebrantable confianza, “sirvamos” “con temor,” y con temor de Dios, no temamos nada más. Nada puede dañar a la Iglesia de Dios, nada puede dañar al Vicario de Jesucristo. Porque por Su Iglesia Dios está con nosotros; y en la persona de Pío IX, Jesús reina sobre la tierra, y “Él debe reinar hasta que haya puesto todos sus enemigos bajo Sus pies.”

Fin

** San Juan xiv. 21.